

PEDRO FERMIN DE VARGAS

EN EL BICENTENARIO DE NUESTRO PRIMER ECONOMISTA

Escribe: ALBERTO MIRAMON

Aunque Pedro Fermín de Vargas ha sido considerado por muchos historiadores principalmente como peritísimo botánico, es indudable que la zona más alumbrada y firme de su sabiduría fue la economía política.

En esa ciencia, entonces rudimentaria e incipiente, logró atisbos increíbles. Desde el punto de vista de sus creencias económicas fue un fisiócrata, un satélite de esa escuela de tanta preponderancia en el siglo XVIII, que proclamaba sobre todos los postulados el principio fundamental de que la agricultura es el negocio por excelencia en la correcta función de la maquinaria del gobierno.

Al leer sus **Pensamientos Políticos**, —destaca Abel Cruz Santos en su **Introducción a la Historia de la Economía Colombiana**— sorprenden sus conocimientos múltiples, su intuitiva inteligencia. Desde la descripción del territorio, sus favorables condiciones para la agricultura, el estudio de las vías de comunicación, hasta el agudo análisis de las deplorables condiciones de vida de los habitantes del Nuevo Reino.

Recomendó a sus compatriotas el cultivo del algodón y la crianza del ganado lanar. Habló de explotar el platino “este octavo metal —decía— que reúne las propiedades del oro y la dureza del hierro. Es probable que una vez hecho de moda este metal, llegue a ser la magnificencia de los reyes y lujo de los grandes señores, tanto como el oro, y entonces ¿qué provecho para las gentes del Chocó, si deja el beneficio por su cuenta?

Mucho más que la explotación de los metales preciosos entusiasmaba a Pedro Fermín de Vargas —sigue el economista citado— la del cobre y la del hierro, cuyos yacimientos abundaban en el Nuevo Reino. No comprendía cómo, teniendo esa riqueza a la mano, se trajeran esos minerales de Suecia, a más de dos mil leguas de distancia.

“A más de precursor, en nuestra historia económica, de la industria siderúrgica, también es Pedro Fermín de Vargas pionero del petróleo, en las regiones aledañas al Río Grande de la Magdalena y en los llanos de San Martín. Decía que en esas regiones se utilizaba el petróleo —llamado breca mineral— como impermeabilizante para las embarcaciones. Y sugere

ría a las autoridades coloniales que se preocuparan de “mandar hacer las experiencias necesarias para aclarar este punto tan interesante”.

Cuando, años después de muerto, en plena reconquista española de 1817, el general don Pascual Enrile, soldado cruel pero hombre de algunas luces, encontró, durante una de sus requisas, un manuscrito intitulado *Mis Sueños* y del cual fue autor Vargas, tuvo buen cuidado de hacerlo llegar al ministro don Martín Garay “por la mucha utilidad que del uso de lo allí expuesto podía sacar la Corona como ya había hecho el generalísimo don Pablo Morillo, para planear varias de sus providencias, asociándose así el amor de aquellos naturales; mezclando de ese modo la política con la justicia para neutralizar los males causados por una rápida y violenta reconquista”.

Después de una descripción somera del virreinato de Santa Fe, entra a disertar Vargas, en el opúsculo en cuestión, sobre la agricultura y los medios de mejorarla. Estudia inmediatamente los caminos, y dedica especiales apartes a los productos que forman la base del comercio. Preciosos son los datos que la monografía contiene en sus ciento treinta páginas, ya sobre la flora, ora sobre el reino mineral; pero ninguno de la trascendencia y audacia cual la de los dedicados a la cuestión de la comunicación de los dos océanos que bañan las costas del Nuevo Reino “abriendo por el arrastradero de San Pablo un canal que uniría a los ríos Atrato y San Juan... Sería —continúa— una grande obra que debiera ejecutar un virrey que quisiera inmortalizar su nombre”.

Las observaciones de Vargas sobre el canal interoceánico del Atrato continúan en pie, no obstante el decurso de los siglos, y por ellas sobradamente se justifica lo que dijera una gaceta santafereña, media centuria más tarde, a saber: que Pedro Fermín de Vargas fue mucho más entendido que Mutis o Caldas en materias relativas a la economía política o las ciencias industriales.

Su viva curiosidad intelectual y el amor que empezó a invadirlo por las novedades y bizarrias del pensamiento, le llevaron insensiblemente a interesarse por el mejoramiento de las clases sociales y el acondicionamiento urbano. Sus ideas respecto a estos puntos quedaron condensadas en memorias, notas y advertencias a la superior autoridad.

El encanto de su estilo literario radica en la verdad. Pedro Fermín se complace en hacer ver que es hombre de lecturas; pero sabe poner un poquito de ironía en sus escritos, un granito de sal y una gotica de picante desde el primer momento en que toma la pluma.

Así, cuando por encargo de Mutis escribe una memoria sobre el guaco, empieza diciendo con cierta gracia disciplinada por la lección de los ironistas franceses del siglo: “Es reflexión de Plinio que la naturaleza ha sido más liberal con los brutos que con los hombres; pues habiendo creado a aquellos naturalmente vestidos y con bastante sagacidad para defenderse de sus enemigos, solo al hombre destinó a la necesidad de adquirir todo a fuerza de combinación y trabajo. Esta verdad comprobada con al experiencia de todos los siglos, se hace más sensible cuando contemplamos que los brutos han sido inventores de la mayor y más segura parte de los remedios con que conservamos nuestra existencia”.